

ABRIR EL CORAZÓN A LA ESCUCHA: LLEGAR A SER MÍSTICO Y PROFETA HOY

Hna. Judette Gallares, rc

Quisiera comenzar mi reflexión evocando una imagen que nos presenta san Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Es la imagen de María y de las mujeres reunidas en intensa oración con los apóstoles y los discípulos en espera del nacimiento de un nuevo comienzo, de un nuevo Pentecostés – el nacimiento de la Iglesia. Si comprendemos la mística como “la espiritualidad de la experiencia directa de Dios”, un conocimiento que va más allá de la comprensión intelectual, creo que la experiencia mística, única, de aquellas personas reunidas en esa primera asamblea, suscitó la efusión del Espíritu Santo en medio de ellas. Esta experiencia directa de Dios va más allá de los “ritos” o de la simple “creencia”; y está marcada por el amor, la verdadera comprensión y aceptación de unos y otros, y no se limita a una simple “experiencia emocional”. Es difícil describir esta experiencia mística con un lenguaje simple. Es por esto que, a través de los años, los autores bíblicos y también los escritores espirituales tratan de captar esta experiencia empleando metáforas como la de la viña y los sarmientos, para mostrar cómo la unión con Dios (“Permaneced en mí, como yo en vosotros”) es fuente de fecundidad para la misión.

A través de los evangelios vemos cómo los discípulos de la Iglesia primitiva comprendieron profundamente la relación indisoluble entre contemplación y acción, entre mística y profecía. En su carta a los Gálatas, Pablo da testimonio de que ha alcanzado el estado místico que consiste en “perderse a sí mismo”, cuando dice: “Y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Éste no es más que el inicio de numerosos testimonios en la Iglesia de los primeros tiempos. Cada siglo ha tenido sus místicos cristianos que nos han dicho que las experiencias místicas son accesibles a cualquiera que está dispuesto a recibir la acción de Dios. Pero en muchos casos, estas experiencias van y vienen simplemente sin que necesariamente se expresen en una acción profética, ya que sin experiencia durable de Dios, la mística pierde su dimensión profética.

De igual manera que la experiencia de quienes estaban reunidos en esa primera asamblea los llevó a no quedar confinados entre los muros del Cenáculo, la experiencia directa de Dios de estos místicos desata su lengua para proclamar la fuerza de Dios en su vida y en la historia, llevándolos a salir, a no temer proclamar la Buena Noticia y a dar testimonio del Espíritu de Jesús en los pueblos y en los lugares necesitados del mensaje de sanación y de transformación de Dios. Es por esto que se puede decir que la mística cristiana no es otra cosa que la unión transformadora que encuentra su expresión más profunda cuando sigue a Cristo en su testimonio y su misión profética. Martin Buber hace notar que la forma más característica de “la experiencia religiosa” en la Biblia, no es la toma de conciencia o el éxtasis, sino la vocación y la misión ¹.

1. La historia de la conversión de Lidia: Dios abre su corazón a la escucha (Hch 16,11-15,40).

Para nuestra reflexión de esta mañana, tomaré la historia de Lidia, una mujer convertida al cristianismo, como se narra en los Hechos de los Apóstoles; nos serviremos de ella como de un icono de nuestra vocación religiosa de místicas y de profetas en el mundo de hoy. Al prepararme para esta conferencia tuve que reflexionar para elegir, entre las numerosas mujeres de la Escritura, una figura femenina que pudiera servir de modelo a la vida religiosa hoy. Volviendo a la escena de Pentecostés en donde las mujeres estaban presentes, y sin embargo ausentes en la mayoría de las narraciones de la Iglesia de los primeros tiempos, tuve la inspiración de tomar la historia de Lidia que fue una figura clave en la red de relaciones sociales de Pablo, uno de los pilares entre las hermanas en la fe. Haremos una breve relectura de su historia y sacaremos algunas luces del proceso de su conversión que supuso una experiencia mística y la condujo al testimonio y a la acción profética.

La historia de Lidia se sitúa durante el período en que el movimiento de Jesús se extiende en las grandes ciudades de la Diáspora. La idea de que las mujeres, particularmente las que gozaban de una independencia económica considerable, eran atraídas hacia el cristianismo se apoya en los Hechos de los Apóstoles en donde se menciona específicamente la conversión de Lidia en Filipos. Recordando su historia, nos detendremos un poco en ciertas cuestiones relativas a su identidad, a sus motivaciones y a su camino de conversión y de misión para la Iglesia de Filipos.

La brevedad de la historia de Lidia y la falta de precisión histórica facilitan el que no se le dé importancia²; una vez terminada la misión inicial de Pablo, ella cae de nuevo en el anonimato. Escucharemos primero el relato de Pablo sobre este acontecimiento extraordinario, y después haremos una breve relectura de su historia.

« *Nos embarcamos en Tróada y fuimos derechos a Samotracia, y al día siguiente a Neápolis; de allí pasamos a Filipos, que es una de las principales ciudades de la demarcación de Macedonia, y colonia. En esta ciudad nos detuvimos algunos días. El sábado salimos fuera de la puerta, a la orilla de un río, donde suponíamos que habría un sitio para orar. Nos sentamos y empezamos a hablar a las mujeres que habían concurrido. Una de ellas llamada Lidia, vendedora de púrpura, natural de la ciudad de Tiatira, y que adoraba a Dios, nos escuchaba. El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo. Cuando ella y los de su casa recibieron el bautismo, suplicó: 'Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa. Y nos obligó a ir... Al salir de la cárcel se fueron a casa de Lidia, volvieron a ver a los hermanos, los animaron y se marcharon'* (Hch 16,11-15,40).

Relectura de su historia

La narración empieza con el itinerario de Pablo durante su segundo viaje misionero. Él va a Filipos para responder a un sueño que tuvo en donde se le apareció un macedonio que le insistía en que fuera a Macedonia para ayudarlos (cf, Hch 16,9-10). Sin embargo, fue un grupo de mujeres, y no el macedonio del sueño, el primero en manifestar su atracción por la predicación de Pablo y por el cristianismo mismo, cuando un sábado Pablo y Silas van al lugar designado para la oración, fuera de la puerta de la ciudad, al borde del río (16,13). ¿Qué significa este lugar de oración al borde del río fuera de la puerta de la ciudad?

El "lugar de oración cerca del río" tiene un significado simbólico en relación a nuestra vocación cristiana. El simbolismo no se refiere únicamente a la tradición judía de reunirse "al borde del río", para las abluciones rituales³; sino que también nos recuerda, y en primer lugar, el bautismo de Juan Bautista. Juan bautizaba en los bordes del Jordán, y fue ahí mismo donde Jesús recibió de sus manos el bautismo (Lc 3,22). Podemos afirmar que ciertamente fue para Jesús un momento profundamente místico, una experiencia directa de la presencia de Dios y la afirmación de su identidad por parte de Dios.

Es importante notar en este pasaje que este grupo reunido está compuesto únicamente de mujeres. Y esto nos recuerda a las mujeres al pie de la cruz que fueron también las primeras que dieron testimonio de la resurrección. Lidia y su grupo de mujeres no estaban reunidas en cualquier lugar, sino en un "lugar de oración al borde del río fuera de la puerta de la ciudad", en donde tiene lugar la predicación, y en seguida su conversión. La reunión de mujeres en este lugar "de oración" indica la existencia de una comunidad de fe, antes de la llegada de Pablo y Silas. ¿Quiénes eran estas mujeres?

El texto identifica primero a Lidia por su carácter religioso – como una mujer que "teme a Dios", "que adora a Dios". En términos técnicos, los que "temen a Dios", en los primeros siglos, eran los gentiles que estaban ligados al judaísmo sin ser considerados prosélitos⁴. En cuanto personas parcialmente convertidas al judaísmo⁵, los que "temen a Dios" tenían un estilo de fe y de vida claramente definido. Observaban las prescripciones morales de los judíos, la Torá, iban a la sinagoga para el culto, para participar en la oración común. El hecho de que este lugar de oración estuviera fuera de la puerta de la ciudad indica que quizás no había una sinagoga en Filipos. Como Lidia y su comunidad eran de las que "temen a Dios", tenían ya algunas bases de religión que las dispusieron a recibir las enseñanzas cristianas. "El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo" (16,14), preparándola así a recibir el bautismo de Jesucristo junto con los de su casa. Después de haber escuchado a Pablo y a Silas, Lidia fue bautizada y también los suyos (cf. 16,15a).

El efecto más fuerte del bautismo de Lidia fue el hacerla capaz de hablar; ella presiona a los misioneros: "Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa" (16,15b). De esta manera Lidia expresa, en verdad y en voz alta, la ética radical y profética de la tradición de Jesús, que comprende la práctica del respeto, de la igualdad y de la justicia de unos con otros, y el compartir de su casa y de sus bienes, valores profundos que servirán más tarde como expresión radical del seguimiento de Cristo en la vida religiosa. El segundo punto era de hecho el ideal original de pobreza: una justa distribución de los bienes que se expresaba con un don generoso. La casa de Lidia se convierte en cuna de la primera comunidad cristiana en Filipos como lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles 16,15 y 16,40. Su entusiasmo y su espíritu de hospitalidad son la expresión auténtica de su conversión al Espíritu

del Evangelio. Así, su vida a la escucha obediente de Dios, el fruto de su espíritu contemplativo y de su fiel aplicación a las enseñanzas de Cristo vienen a ser los fundamentos sólidos que permitirán a la Iglesia doméstica desarrollarse.

Conviene que su historia se termine con una nota de autoridad: "Y nos obligó a ir" (16,15c). En ese tiempo, esto formaba parte de la práctica de hospitalidad: procurar un lugar seguro a los invitados, especialmente cuando un peligro inminente los amenazaba. Esto lo confirma el versículo 16,40, en donde la casa de Lidia representa un lugar de hospitalidad, incluso cuando corre el riesgo de acoger de nuevo a Pablo y a sus compañeros en su casa, cuando salieron de la cárcel.

En la historia de Lidia, la contribución de las mujeres al cristianismo no debe ignorarse. Las mujeres cristianas no fueron obligadas a dejar su casa por amor al Evangelio; al contrario, hicieron de su casa el centro de la práctica cristiana⁶. La casa de Lidia sirve de modelo para una "comunidad de contraste", la primera Iglesia doméstica de Filipos, en donde los que venían a compartir su fe y sus bienes en comunidad trataban de vivir según su confesión bautismal y el espíritu de la hospitalidad cristiana.

II. El proceso de conversión: despertar el espíritu místico y profético

La mejor manera de hablar de mística es comprender el proceso de conversión; y la mejor manera de comprender la conversión es observar al convertido. Quizás nuestra relectura de la historia de Lidia encendió en nosotras una reflexión sobre el significado y la consecuencia de una profunda conversión espiritual. Quizás también nosotras habíamos empezado a imaginar su experiencia de conversión y hemos recordado nuestras experiencias humanas de conversión. La conversión de Lidia es relatada en pocos versículos, pero son suficientes; son como una "ventana" para escrutar el interior. Esto nos permitirá tener una percepción de lo que pudo ser su experiencia espiritual de conversión y del bautismo, que la condujo a vivir una vida de fidelidad y de compromiso con Cristo.

Aquí quisiera retomar y hacer mío el sentido fundamental de la conversión, según Bernard Lonergan: "un cambio de orientación hacia la vid". Me parece que este cambio se da cuando una persona experimenta en lo profundo de su ser, un toque divino, una inspiración del Espíritu que capacita a cada persona para elegir y actuar por amor a algo o a alguien más grande que sí misma. Una experiencia mística de base, es decir, una experiencia directa de Dios, de unión con Dios y con la creación de Dios, es como "retornar a casa", experimentar un nuevo nacimiento, un nuevo sentido de identidad, del llamado y de la misión. Esto podría asemejarse a la experiencia de Jesús en su bautismo, al borde del Jordán. Fue quizás, también, la experiencia de Lidia y de sus compañeras cuando recibieron el bautismo.

¿Cuáles son los elementos de conversión que podemos deducir de la historia de Lidia? O más precisamente, ¿qué pasa en el interior de la persona, durante el proceso de conversión? En efecto, la conversión implica mucho más que un momento, es un proceso que supone largos períodos de tiempo y de causas y efectos unidos entre ellos. Implica relaciones que de cierta manera escapan al control del convertido, y también momentos de inacción, de represión y de sufrimientos, y de toma de decisiones⁷. Todo esto está tejido en la misma trama de la historia personal de cada uno/a. El proceso de conversión, propiamente hablando, es mucho más complejo que la percepción que se tiene de él, porque es el tipo de experiencia que se hace una vez por todas. En realidad, se trata de un fenómeno continuo, del proceso de toda una vida para profundizar en el compromiso bautismal de dar testimonio; y la vida religiosa es esencialmente esto. La complejidad reside principalmente en el hecho de que la conversión se realiza en varias fases o etapas. Tratemos pues de volver a encontrar, a partir de los versículos que hablan de la historia de Lidia, la dinámica interna que se desarrolla por etapas.

Los movimientos y las fases de conversión en curso

1. La primera fase es **una experiencia de oscuridad o de confusión**, la conciencia de un vacío que necesita ser llenado, de una sed que necesita ser mitigada, preguntas que piden respuestas; y sin embargo, no parece que exista algo o alguien que pueda satisfacer estas necesidades. Para algunos, esta fase se manifiesta a través de una experiencia de incongruencia – en sí mismo o en la vida misma. En otros términos, las experiencias de conversión profunda y auténtica no se desarrollan como nos lo dicen los expertos en estos campos.

Las incongruencias de nuestro estado presente se acumulan hasta el punto de volverse intolerables. Las cuestiones que han surgido, las decisiones por mucho tiempo rechazadas, las realidades ignoradas, las cuestiones al orden del día en nuestra agenda personal, con frecuencia dejadas para más tarde, qué sé yo, todo esto se acumula y nos pone ante la evidencia de que esto debe cambiar⁸.

Estas incongruencias se pueden experimentar en diversos grados, pero no conducen necesariamente a la conversión. Sin embargo, creemos que a casi todas las experiencias de conversión profunda las precede una cierta dificultad, una crisis, y un cuestionamiento. En otras palabras, la fase inicial de la conversión es una experiencia de

conflicto interior en la búsqueda de una solución⁹; o bien, se tiene la impresión de estar desorientado y de buscar una dirección. Según esta descripción, es claro que antes de la decisión de convertirse, el futuro convertido experimenta una especie de confusión interior y de crisis que se intensifica y sugiere a la persona buscar el cambio o alguna solución. Incluso la vida espiritual, cuando existe, experimenta y se ve afectada por este conflicto interior. Los modelos de espiritualidad que anteriormente tenían sentido, pierden de repente su significado. Ya no dicen nada a nuestra experiencia de vida; ya no siguen el ritmo frente a horizontes que se amplían. La situación no puede permanecer igual. El cambio debe hacerse. La experiencia de confusión o de oscuridad se convierte en una ocasión, en un impulso para un cambio y un crecimiento. "Una crisis es una oportunidad", dice bien un proverbio chino.

¿Qué fue lo que precipitó la conversión de Lidia y de los suyos? Releyendo la historia de Lidia, vimos que ella y las mujeres de su grupo eran de las "temerosas de Dios" o de las "adoradoras de Dios". Como tales, habían sido atraídas por la fe judía, particularmente por las implicaciones éticas de la Ley y por algunas prácticas rituales tales como las acciones comunes. Sábado tras sábado esperaban sin duda, y con impaciencia, reunirse en comunidad para sostenerse mutuamente en su práctica de la fe y en sus luchas cotidianas. Pero, ¿la simple observancia de las leyes y las prácticas rituales eran suficientes para aplacar su hambre y su sed de algo que tuviera un sentido más profundo? Como paganas, no podían vivir ciertos elementos de la fe judía, tales como la circuncisión, la práctica de las leyes rituales y la estricta observancia de preceptos de la ley interpretados de manera casuística por los escribas judíos¹⁰. Es por esto que la no-observancia de algunos de estos elementos podía hacer que se sintieran marginadas al interior de la fe judía. Efectivamente, algunos estudios han mostrado que los judíos tenían una actitud ambivalente respecto a los "temerosos de Dios", y esto independientemente del grado en que habían adoptado el judaísmo; la desigualdad social entre los judíos parece que era un hecho corriente en su vida¹¹. ¿Esta situación de prejuicio y de desigualdad podría haber bastado para causar un conflicto en Lidia y en sus compañeras? Sí, muy probablemente. Y ellas habrían continuado soportando el prejuicio y las desigualdades si no hubieran encontrado otra alternativa, la que les ofrecieron los misioneros.

En calidad de comunidad de fe compuesta de mujeres, encontrarse "fuera de la puerta de la ciudad", parece justificar la experiencia de marginación por parte de la religión dominante. A pesar de esto, eran fieles a Dios, bastante audaces para ir más allá de la cultura de la hospitalidad según la cual las mujeres no podían simplemente acoger a extranjeros. Antes de haber escuchado el mensaje del Evangelio ya tenían algo de profético, incluso si probablemente no eran conscientes de ello.

Si nos ponemos en el lugar de Lidia y de su comunidad de mujeres, ¿cuáles serían las aspiraciones profundas de nuestro corazón? ¿De qué faltas de armonía empezamos a tomar conciencia en nuestra vida de fe personal? ¿o en nuestra manera de vivir nuestra vocación religiosa? Lidia y su pequeña comunidad de fe se encontraban sábado tras sábado para cumplir con los ritos religiosos que satisfacerían, por un tiempo, sus profundas aspiraciones. Sin embargo ellas habían realizado que estas prácticas exteriores no bastaban. ¿En qué medida nuestras observancias y prácticas exteriores de vida religiosa y de espiritualidad llenan el vacío y satisfacen nuestras profundas aspiraciones y la sed de sentido en nuestra vida? ¿Qué falta? Como Lidia y su comunidad de fe, ¿qué mensaje de liberación necesitamos escuchar para ser verdaderas, honestas, frente a nuestra vocación y hacia nosotras mismas?

Antes de la llegada de Pablo y de Silas, Lidia y su comunidad compartían la misma experiencia y la misma visión de la vida, y eso las unía en comunidad de fe. Si consideramos la situación del mundo, ¿qué necesitan nuestras comunidades para responder a los retos que nos vienen del mundo, que intentan impedir la formación de comunidades de fe, y que se requieren para ser fieles a su misión?

El encuentro de Lidia y de las mujeres con los misioneros cristianos les hizo realizar que algunas cosas debían cambiar, que no podían permanecer como "temerosas de Dios" y ser tratadas como ciudadanas de segundo rango en la religión judía. Vieron que la fe cristiana les ofrecía la plena realización de su deseo y de su aspiración más profunda.

2. El segundo movimiento es la fase del despertar. Esto sucede cuando el espíritu se despierta por el toque de Dios, y lo prepara a escuchar con atención la Palabra de vida. El espíritu místico está despierto. El hecho de escuchar, y no solamente de oír, nos abre a nuestras esperanzas y deseos internos. Es muy interesante constatar que según el cuadro histórico de la religión, el cristianismo siempre ha sacado su creciente energía de la espiritualidad de los primeros tiempos¹². Esta espiritualidad primitiva se expresa, con frecuencia, a través del lenguaje del deseo, de la aspiración interior y de la búsqueda de sentido, en la espera impaciente de la realización de su aspiración. Así vemos cómo se regocijaba el bien-amado del Cantar de los Cantares: "Yo dormía pero mi corazón velaba. ¡La voz de mi amado que llama!: '¡Ábreme, hermana mía, amada mía, paloma mía, mi perfecta!...' (Cantar de los Cantares 5,2).

A partir de la experiencia de las mujeres, especialmente de las del tercer mundo y de Asia, el paradigma que les habla de conversión corresponde más a la "fase de despertar". Hay en ella una experiencia de despliegue progresivo, que se fortifica y se profundiza, del misterio y de su sentido de la fe, de una conexión, de una compenetración con quien es la fuente de la vida. La convicción nace de la experiencia interior de sentir que su hambre de sentido es satisfecha. Un autor describió la conversión como un proceso con muchas facetas que no termina nunca y en el cual el Espíritu juega numerosos roles¹³. Es una experiencia de "despertar" de mi yo a las motivaciones del Espíritu, en todas las facetas de la vida. Este "despertar" constituye en sí mismo una experiencia mística pues sólo el Espíritu puede tocar directamente el corazón para despertarlo, esperando su pleno desarrollo en la unión y la comunión.

Solamente podemos suponer cuál ha podido ser la experiencia interior de Lidia. Aunque no esté explícitamente expresada en la narración de su historia, podemos de alguna manera deducirla de la premisa de que la búsqueda primitiva de sentido es tan antigua como la humanidad misma¹⁴. ¿Cómo se produce la fase del despertar en la experiencia de conversión de Lidia? Su vida de fe como "adoradora de Dios" había preparado su corazón a aceptar el mensaje liberador de Dios y la había hecho capaz de escuchar. Para apoyar este punto, el narrador menciona dos veces en un solo versículo la escucha de la Palabra: "Una de ellas, llamada Lidia... nos escuchaba. El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo" (16,14).

La experiencia del profundo deseo o aspiración abre nuestro yo más recóndito a la acción de Dios en nuestra vida. Esto es lo que Dios hizo por Lidia: Él abrió su corazón, que en el sentido bíblico es el yo más profundo de la persona, el centro de su personalidad, y no únicamente la sede de las emociones. En la espiritualidad bíblica, el corazón es considerado como el lugar de la oración, el lugar del encuentro divino. Para que se dé la verdadera conversión es necesario que la decisión de cambiar surja del corazón. Cuando el corazón de Lidia se abrió a la Palabra, su sola respuesta fue la de someterse a Dios pidiendo el bautismo, y aceptando vivir el estado místico, perdiéndose progresivamente en Cristo. Como nos lo muestra Lidia, nuestra escucha y nuestra contemplación de la palabra de Dios nos permitirá, como religiosas, llegar a ser "las parteras de una nueva conciencia, los heraldos de posibilidades humanas suprimidas o precedentemente insospechadas"¹⁵.

Esta fase de despertar no permanece solamente a nivel personal. No es una cuestión entre Dios y yo únicamente. En la experiencia de conversión, esta etapa nos capacita para ver lo que sucede alrededor de nosotras y lo que se necesita cambiar para que escuchemos el llamado que Dios nos hace.

Según Schneiders :

El profeta forma parte del pueblo al que es enviado; es educado desde su nacimiento en la sabiduría religiosa y social de él; es producto de su historia, participa en su oración; es heredero de sus sueños, víctima y a veces partícipe, incluso, de sus pecados y de sus errores. El profeta es uno con el pueblo, por eso puede hablar a Dios en su nombre, y hablar al pueblo en nombre de Dios¹⁶. Nuestro espíritu profético no puede despertarse a menos que esté inmerso en la vida del pueblo, en un lugar y en una época determinados. Esto nos hace capaces de interpretar la situación concreta en una actitud contemplativa ante el mundo, a la luz del sueño de Dios por el pueblo y por toda la humanidad. Escuchar la voz de Dios, leer los "signos de los tiempos" (cf. Mt 16,13) y centrar la Palabra de Dios en el presente, son los rasgos que definen la profecía¹⁷.

La mística forma parte integrante de nuestro testimonio y de nuestra vocación profética. De la misma manera que la vocación profética de Jesús estaba enraizada en su intensa vida de oración contemplativa¹⁸ y era la expresión de ella, la contemplación nos hace capaces de ver el mundo y el pueblo al que estamos llamadas a servir, desde el punto de vista de Dios. La contemplación y la mística exigen un crecimiento de la capacidad de discernimiento y del pensamiento crítico en la búsqueda del yo auténtico. El discernimiento, basado en la escucha atenta y no en la sumisión a la voluntad de otro, es la esencia de la obediencia profética en la vida religiosa¹⁹.

La plena participación en la espiritualidad de Jesús debería incluir una cierta experiencia de nuestra unión con el pueblo y con el universo pues Jesús experimentó la naturaleza en su totalidad, incluso la experiencia de los humanos como creación de Dios²⁰. "El lugar de oración al borde del río", en donde Lidia y su comunidad de mujeres se reunían llega a ser un símbolo del poder unificador de la oración: unidad de unos con otros en una comunidad de fe y unión con toda la creación.

Es interesante hacer notar que las religiosas de Asia, animadas por su profunda convicción de unión con la creación, toman conciencia de la necesidad urgente de vivir y de trabajar de manera que se favorezca:

a) la participación y la armonía entre todas las personas; b) las sanas relaciones personales e interpersonales; c) el respeto por la tierra, y d) la integración de la espiritualidad y de la tecnología, en nombre del Evangelio. Esta espiritualidad emergente puede también describirse como una espiritualidad del todo y de la

interconexión universal.

Pidamos a Lidia que nos ayude a recordar estos momentos de despertar espiritual cuando, en medio de la oscuridad de nuestra búsqueda, experimentamos el ser tocadas por la palabra de Dios y sentimos que ella nos abrió a la gracia de Dios. ¿Cuáles fueron esos momentos en nuestra vida, en nuestra vida religiosa y en nuestra misión? ¿Cuándo tuvieron lugar?... ¿después de un tiempo de crisis?... ¿de una experiencia de sanación por el toque sanador de Dios y por su perdón?... o bien ¿contemplando la salida y la puesta del sol?... ¿o una experiencia comunitaria de reorientación en la misión? ¿Qué género de despertar se está produciendo en nuestras comunidades frente a situaciones concretas de injusticia, de violencia y de devastaciones?

Como comunidad de fe en misión, ¿cuáles son las situaciones, los acontecimientos en nuestra región, país y mundo que están despertándonos y nos llaman a una oración más profunda, y al discernimiento de nuestra acción profética?

3. Al despertar sigue la **fase de la acción profética**, la experiencia de un impulso inicial de fe, de una ola repentina de inspiración que aporta el entusiasmo y el deseo de poner en acción su convicción o su creencia recientemente descubierta. Este cambio que con frecuencia se transmite a la actitud y a los valores, es lo que nosotros llamamos comúnmente conversión o transformación. Este fenómeno lo tenemos habitualmente en la mente cuando pensamos en las conversiones. En nuestra relectura de la historia de Lidia, hemos visto que el efecto inmediato de su bautismo fue el hacerla capaz de hablar y de expresar el movimiento de su corazón, y la consecuencia fue traducir su fe en acción profética. Esto nos dice que: "La tarea de un profeta es dar testimonio de Dios a través de la palabra y de la acción al pueblo de Dios en un contexto particular o una situación histórica"²¹. En cuanto su corazón se abrió, su casa se abrió también²². La generosa hospitalidad de Lidia es para nosotras el testimonio de su acción profética espontánea e inmediata, signo de su compromiso con Cristo y su Evangelio.

En el mundo fragmentado de hoy, caracterizado por diferentes niveles y grados de emigración y de personas sin domicilio fijo, nuestro espíritu místico, nuestro sentido de "pertenencia a Dios" debe abrirnos a los demás y al mundo, impulsarnos a ofrecernos, a hacer de nuestras comunidades y de nuestro planeta tierra un lugar hospitalario para la humanidad y para toda la creación de Dios. Estamos llamadas a la contemplación, a la fidelidad, a la fecundidad, al testimonio profético; y como comunidad de fe en misión, nos sentimos animadas a dar un testimonio colectivo del carisma de profecía²³. Por ejemplo, muchas de nosotras estamos llamadas a una misión en sectores donde hay una fuerte amenaza de violencia y de terrorismo, de tensiones entre las diversas tradiciones religiosas, un resurgir del fundamentalismo religioso e ideológico, explotación del medio ambiente, y sensibilidad a otras situaciones y formas de conflicto humano. Razón de más para ensanchar nuestro corazón y crear en él un lugar para las personas que no comparten nuestra creencia, nuestros valores, nuestra cultura, nuestra historia, nuestros puntos de vista. ¿Cómo escuchar con un corazón abierto, queriendo comprender de dónde viene el otro? Éste es el verdadero espíritu de hospitalidad. No estamos dispensadas de él cuando hay peligro o diferencias y es justamente en ese momento que se ve si se trata de una hospitalidad verdadera²⁴.

Me parece que esto forma parte de nuestra vocación mística-profética de practicar la hospitalidad, a fin de que nuestra generosa expresión de esta virtud haga tomar conciencia de que toda nuestra frágil tierra –y no solamente "el río"– es sagrada, y que es un verdadero "lugar de oración". Frente a los desastres provocados por el calentamiento del planeta y otras formas de manipulación de la naturaleza, nuestro espíritu místico permite la emergencia de una sensibilidad a la cuestión ecológica y una conciencia progresiva de que para ser auténticamente místico y profético la espiritualidad debe ser también verdaderamente ecológica. Nuestra visión mística nos permitirá vernos formando parte de un todo sagrado, interconectado²⁵.

Sin embargo, no podemos practicar la hospitalidad a menos de sentirnos verdaderamente a gusto con nosotras mismas y unos/as con otros/as. Este sentimiento de "sentirse en casa" se manifiesta en nuestra capacidad de intimidad con nosotras mismas, por una profunda conciencia de lo que somos delante de Dios. Realizamos que todo lo que somos y todo lo que tenemos viene de Dios. Con esta conciencia fundamental, la ley de la naturaleza nos lleva también a proveer generosamente a las necesidades del desconocido que no tiene donde reposar la cabeza. En otras palabras, cuando nos sentimos más a gusto con nosotras mismas, nos volvemos más acogedoras con los demás. Sentimos que tenemos energía para ir hacia los demás.

Es por esto que el Evangelio nos reta a revitalizar nuestras comunidades para que sean lugares en donde se pueda aprender el lenguaje de la comprensión, en donde se busquen maneras de llenar las fosas que nos separan de los demás, en particular, de las personas de nuestras comunidades. Lo que puede tocar el corazón de las personas, es la presencia transformadora de Dios. Esto se da en las comunidades en una comunidad en la que se comparten historias de vida, donde se canta, donde se reza juntas, y donde las puertas están abiertas para acoger

a la persona desamparada y desconocida. Imagino que una comunidad de fe de este tipo era la que Lidia y su grupo de mujeres experimentaban.

En consecuencia, Lidia fue capaz de dominar la fuerza de su carácter y de controlar su don de liderazgo para hacer progresar la fe cristiana al interior de su propia casa, y finalmente en la comunidad de Filipos. La experiencia de la acción directa de Dios en su vida la llevó a expresar su acción profética en el lugar social y concreto del amor al prójimo, abriendo su puerta a los visitantes: "Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa". Sus palabras nos recuerdan las instrucciones de Jesús a los 72 discípulos enviados en misión (Lc 10). Ir y permanecer en la casa de las personas formaba parte integrante de su misión. Como la casa que llega a ser el centro de la nueva comunidad de creyentes en Lucas, la casa de Lidia llega a ser la cuna de la comunidad cristiana de Filipos²⁶. Su invitación insistente "venid y quedaos en mi casa" nos recuerda, también, la hospitalidad ofrecida a Cristo resucitado por los dos discípulos en el camino de Emaús, cuando los dos compañeros insisten a Jesús que se quede con ellos en la casa, al final de un día de camino; y Jesús "entró" en su casa para "permanecer" con ellos²⁷. El sorprendente paralelo entre la invitación de los discípulos de Emaús y la de Lidia, sugiere la naturaleza mística y por lo tanto Eucarística de la hospitalidad²⁸. Como comunidades de fe en misión, estamos llamadas a recobrar y expresar el lazo estrecho entre la Eucaristía y el espíritu de hospitalidad. Estamos llamadas a vivir con una profunda gratitud nuestra fe mística y a dar testimonio de la unidad del Cuerpo de Cristo entre nuestros hermanos y hermanas laicos.

Si tuviera que abrir mi corazón y mi casa como Lidia, ¿a quién invitaría a morar conmigo en mi comunidad? ¿De qué manera podemos hacer de nuestras comunidades centros de hospitalidad y de encuentro con Dios? ¿Cuáles son los bloqueos concretos que identifico en mí misma y en mi comunidad y que impiden al verdadero espíritu de hospitalidad expresarse? Siguiendo el ejemplo de Lidia, ¿cómo alimentamos un espíritu de hospitalidad –acogida, compartir, invitación – en particular frente a aquéllos que no tienen religión, frente a quienes no practican, o que pertenecen a otras religiones?

Aunque la narración de la historia de Lidia se termina con el hecho de que logra convencer a los misioneros para que permanezcan en su casa, podemos imaginar simplemente cómo el camino de conversión prosiguió en la vida de Lidia. De hecho el narrador no dice nada de ella, fuera del versículo 40 del capítulo 16, en el que el episodio de Filipos, durante el segundo viaje misionero de Pablo, se termina en su casa, que llega a ser la casa-Iglesia en Filipos. Incluso la carta a los Filipenses no hace ninguna alusión a ella. El silencio de los textos después de este breve acontecimiento me parece bastante simbólico respecto a nuestra discusión sobre el proceso de conversión, porque la fase siguiente es precisamente una fase de silencio.

4. Esta fase es llamada **fase tranquila**, en la que se necesita consagrar tiempo a la contemplación. Para la acción profética, es necesario entrar frecuentemente y fielmente en el corazón para escuchar y discernir la palabra de Dios en el mundo. De hecho, para que el cambio producido por la conversión tenga un efecto profundo y durable sobre la persona, se necesita una fase de tranquilidad después de la fase de ebullición. Es un tiempo de reflexión, de retiro, con momentos de soledad; un tiempo necesario para comprender lo que sucedió, un tiempo para probar la autenticidad de la experiencia mística y la profundidad de la convicción de comprometerse en la acción profética. Es el momento de interiorizar los valores que la fe nos ha puesto delante; fe que nuevamente es aceptada y que se profundiza.

La tarea profética exige la amistad con Dios, una intimidad auténtica con Él. En esta intimidad se desarrolla una amistad profunda a través de los momentos de silencio en donde se aprende a compartir sinceramente con Dios y en donde se comienza a ver y a escuchar el punto de vista de Dios. Esto lo podemos constatar en el llamado vocacional de María y de Jesús. Ellos fueron llamados por Dios para una misión particular a través de un tipo de experiencia religiosa reveladora, intensa, transformadora, que la Escritura presenta como "una visión inaugural" o un llamado profético²⁹. Ellos escucharon este llamado en el silencio de su ser. Con frecuencia es difícil encontrar el silencio y la paz que son vitales para la descubierta espiritual de sí mismo y para la contemplación; la profundidad y la complejidad del hambre espiritual contemporáneo requieren absolutamente de la mística³⁰. Esta intimidad con Dios será la que al final ayudará a superar las resistencias eventuales del profeta a hablar y actuar. Palabra y acción nacen de la contemplación silenciosa³¹. Sin embargo Ruffing se pregunta: ¿Cómo podemos escuchar de otra manera la Palabra de Dios pronunciada en el corazón, o en los sueños y las visiones? ¿Cómo estar seguro de que se trata de la palabra de Dios y no de la propia? Después ella afirma: "La mística de los profetas es la que libera su imaginación y sus deseos de la fuerza determinante y apremiante del mundo tal cual es, del mundo tal como se presenta"³².

Hoy más que nunca, nos encontramos delante de un nuevo reto y en consecuencia, de una invitación a volver a la mística, a experimentar un contacto estrecho con lo divino, a ser tocada por el Espíritu de Dios. En la Iglesia y entre los religiosos/as hay una atracción muy fuerte para aprender de otras tradiciones religiosas y de las

espiritualidades asiáticas que ofrecen la experiencia unificadora e integradora de prácticas místicas. A partir de ahora queda claro, para las iglesias y los religiosos/as de Asia, que el triple diálogo –con los pobres, con las culturas y con las religiones- representa una manera creativa de ser Iglesia. La práctica del silencio nos hace capaces de escuchar cuando dialogamos. Estamos tan absortos por las exigencias de la misión y atrapados por “la expectativa de la vida religiosa orientada hacia la producción”, que la mística ha sido, de cierta manera, la parte descuidada de la vida religiosa. La oración se ha vuelto repetitiva y rutinaria; ha cesado de ser experimentada como el soplo de vida del Espíritu. La falta de oración contemplativa en los miembros de una comunidad ha contribuido a la disipación de las comunidades de fe en misión; y esto puede llegar al punto de que la comunidad religiosa sea la primera fuente de desánimo y de decepción para sus miembros. Es necesario que haya coherencia entre el mensaje del profeta y la vida del profeta³³. A la larga, las llamadas comunidades de fe pierden su filo profético. Tomando como base entrevistas a religiosos y religiosas en diferentes partes del mundo, algunos estudios realizados han mostrado que la experiencia de Dios en la oración personal, o en los acontecimientos cotidianos y en las relaciones con las personas, constituye la primera fuente de renovación de la fe y de la perseverancia del compromiso religioso³⁴.

Esto muestra simplemente que la mística forma parte integrante de nuestro testimonio y de nuestra vocación profética. La contemplación nos permite ver, a partir del corazón de Dios, desde su punto de vista, el mundo y las personas que estamos llamados/as a servir. El modo profético de vivir en una comunidad religiosa debe favorecer, fuertemente, el ejercicio ministerial de la vocación profética, que consiste en permanecer centrados en la palabra de Dios en las situaciones concretas en las cuales se trabaja³⁵. Las necesidades de nuestro tiempo nos ponen frente al reto de constatar que no hay separación entre la mística y la dimensión profética de la espiritualidad de la vida consagrada. No hay antagonismo entre el místico y el profeta; los profetas eran místicos y los místicos eran profetas³⁶.

Si permanecemos con Lidia y los suyos, una vez que los misioneros partieron y ellas regresaron a su vida, a su trabajo de todos los días, ¿cómo podría alimentarse y profundizarse nuestra vocación? ¿Cuáles son los ruidos de todos los días –interiores y exteriores- que nos impiden entrar en el silencio o que nos distraen de la presencia de Dios? Es necesario identificar estos ruidos para poder dirigirlos hacia la calma interior.

5. Esta fase de paz nos conduce al quinto y último movimiento que es la **fase de integración**. En ella la persona asimila la esencia de la conversión de manera que pueda formar parte integrante de su ser. Espacios de silencio y de retiro dan a la persona el tiempo necesario para comprender lo que ocurrió, para integrar el cambio de actitud, de perspectiva y de manera de creer en su historia y en su vida; para hacer una síntesis de todas las partes de la experiencia mística y profética de la conversión³⁷. La contemplación y la mística piden un crecimiento de la capacidad de discernimiento y del pensamiento crítico en la búsqueda del yo auténtico. En esta etapa es importante tener una vida de oración continua, para discernir a cada instante la acción del Espíritu en nuestra vida. La palabra y la acción proféticas no tienen la ventaja de una visión retrospectiva precisamente porque se ocupan de “lo que está sucediendo” en el momento mismo. Por consiguiente, mientras una persona sea más contemplativa, la acción profética que realice estará más adaptada, incluso sin gozar de largos periodos de oración. Esta etapa permitirá a la persona entrar de nuevo en la comunidad de fe y poner esta fe en acción apoyándose en sus certezas. La tarea profética consiste en centrar la palabra, la proclamación del Reino de Dios, directamente sobre y en una situación particular³⁸.

En numerosas partes del mundo, especialmente en Asia, y más recientemente en India, los líderes de congregaciones religiosas católicas han decidido dejar que los retos que plantea el medio ambiente modelen su estilo de vida y sus actividades. Fue el fruto no solamente de una discusión sino también de tiempos de reflexión, en la oración, sobre la manera en la que las religiosas deben responder a los desafíos de nuestro tiempo. Los líderes tomaron la resolución de examinar y discernir los imperativos morales y religiosos de su estilo de vida, incluso en lo que concierne al “uso de los recursos naturales” y la tendencia a destruir las tierras habitables en nombre del desarrollo³⁹.

En su documento final, los líderes religiosos declararon que “la sensibilización de la vida consagrada respecto al medio ambiente es el punto más exigente, y que es necesario incorporarlo en todos los aspectos de la vida religiosa”⁴⁰.

Quizás no sabremos nunca lo que le sucedió a Lidia y a su familia después de que se fueron Pablo y sus compañeros. Pero una cosa es segura: que el simple hecho de que la iglesia de Filipos haya crecido y se haya desarrollado durante su generación⁴¹, basta para dar testimonio de la profundidad de la conversión de Lidia y de su compromiso de continuar la misión de Cristo. El ejemplo de Lidia y de su comunidad de fe da a la vida religiosa un sentido de esperanza, no obstante los numerosos desafíos que hoy nos acosan -tales como la disminución de vocaciones, el envejecimiento, los problemas comunitarios, los nuevos retos en la misión, y muchos más; si

escuchamos verdaderamente la palabra de Dios, cada vez que lo hagamos, nuestros corazones se abrirán para escuchar profundamente de qué modo podemos renovar nuestro compromiso bautismal en el contexto de la vida religiosa. Está naciendo una renovada atención a las nuevas respuestas a la misión, por eso estamos llamadas a invertir nuestros recursos espirituales y materiales al servicio de los pobres, de las personas marginadas y de cambios estructurales a favor del pueblo de Dios. Ciertamente, todos los que leen la historia de Lidia pueden juzgar su fidelidad: ella permaneció fiel al Señor y a su misión hasta el fin.

De la misma manera que Lidia respondió al llamado de Dios a vivir su compromiso bautismal, ¿qué llamados escuchamos hoy que nos apremian a "iluminar con luz profética las tinieblas que nos rodean y elegir, con audacia, habitar nuevos horizontes?"

Conclusión

Nuestra relectura atenta de la historia y de la conversión de Lidia, y también la reflexión posterior sobre las cinco fases del proceso de conversión, nos desafían a reflexionar más profundamente sobre nuestra vocación religiosa a ser místicas y profetas en el mundo de hoy. Como religiosas estamos llamadas a estar más atentas a la presencia de lo sagrado en nuestro interior, en la vida de los demás y en toda la creación. En la medida en que reconozcamos la contemplación como un estilo de vida para toda la Iglesia, nosotras y nuestras comunidades religiosas, llegaremos a ser centros de espiritualidad y de experiencia de Dios.

Así como la primera comunidad cristiana, reunida en oración profunda, en la espera de un nuevo inicio, experimentó la fuerza arrolladora de un viento impetuoso (Hch 2,2) que le dio la audacia para comprometerse en la acción profética de proclamar y de dar testimonio de la Palabra hasta los confines de la tierra, nosotras estamos llamadas a vivir nuestro compromiso religioso bajo el mismo modelo, puesto que continuamos la misión de Cristo en nuestro mundo de hoy.

Que las intuiciones que recibimos de la relectura de la historia de Lidia sean para nosotras el principio de un nuevo Pentecostés para nuestra vida religiosa hoy. Sean una invitación para nosotras, discípulas de hoy, a conocer y reconocer el gran número de mujeres que continúan asumiendo la tarea profética para que la Iglesia vuelva a florecer en un mundo que ha sufrido y sufre todavía la división, la violencia, la explotación y la desilusión. El Espíritu es la fuerza, dentro y en torno a nosotras, que nos hace capaces, como a Lidia, de vivir nuestras experiencias de continua conversión y ofrecer nuestra hospitalidad generosa como signo de la presencia del Reino de Dios en medio de nosotras.

¹ Janet Ruffing, rsm, editor, *Mysticism and Social Transformation* (Syracuse : New York: Syracuse University Press, 2001), pp.7-8

² David Lertis Matson, *Household Conversion Narratives in Acts : Pattern and interpretation* (New York : Continuum Publishing, 1996), p. 136.

³ D'après la note sur le baptême de Jésus in *Bible de Jérusalem*

⁴ Susanne Heine, *Women and Early Christianity : Are the Feminist Scholars Right ?* (London : SCM, 1987), p.83

⁵ A. Thomas Kraabel, "The disappearance of the 'God-Fearers'" in *Numen* 28 (1981º, p. 113-126. L'auteur met en doute l'existence de ce groupe, longtemps accepté par les spécialistes du Nouveau Testament. Kraabel suggère que la fonction des "craignants-Dieu" n'est qu'un procédé littéraire pour montrer comment le christianisme émigra depuis sa proclamation à l'intérieur du judaïsme pour devenir une religion des gentils.

⁶ Cf. Heine p. 93

⁷ David K. O'Rourke, OP, « The Experience of Conversion » in Francis Eigo, OSA, ed., *The Human Experience of Conversion : Persons and Structures in Transformation* (Pennsylvania : Villanova University Press, 1987), p. 9

⁸ David K. Rourke, OP, « A Process Called Conversion » (New York : Doubleday, 1985), p.34

⁹ Cf. O'Rourke « The Experience of Conversion », p. 10.

¹⁰ Cf. Heine, p.84

¹¹ Forence M. Gillman, *Women who knew Paul, Zaccheus Studies, : New Testament* (Collegeville, Minnesota:The Liturgical Press, 1992), p. 36. El autor cita como una de sus fuentes a G.H.R. Horseley, *New Documents Illustrating Early Christianity. A Review of Greek Inscriptions published in 1976, 1977, 1978, 3 vols.* (North Ride, N.S.W. : Ancient History Documentary Center, Marquette University 1981-83). La referencia está en *New Docs* 1977, p.27.

¹² Andrew Walls, "Origins of Old Northern and New Southern Christianity" in *Missionary Movement in Christian History: Studies in the transmission of Faith* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1966), pp.68-75.

- ¹³ Elizabeth Dreyer, « Images of the Spirit :Renewing Source for the Spiritual Life » in the New Theology review. An American Catholic Journey for Ministry, Vol. 11, N° 4, Nov. 1998, p. 29.
- ¹⁴ Dairmuid O'Merchu, Reclaiming Spirituality : A New Spiritual Framework for Today's World (Dublin : Gill and MacMillan, 1997), p. vii.
- ¹⁵ Daniel Maguire, The Moral Core of Judaism and Christianity : Reclaiming the Revolution (Minneapolis :Fortress Press, 1993), p. 166.
- ¹⁶ Sandra Schneiders, IHM, « Call, Response and Task of Prophetic Action », Part II of a five-part essay, « Religious Life and Prophetic Life Form », in NCR, Jan. 4, 2010.
- ¹⁷ Ibid.
- ¹⁸ Sandra Schneider's, IHM, "What Jesus Taught Us About His Prophetic Ministry", 3ª parte de las cinco disertaciones en NCR, 6 de enero de 2010.
- ¹⁹ Ibid.
- ²⁰ Cf. Maguire, p.168
- ²¹ Sandra Schneiders, IHM, « Tasks of Those Who Choose the Prophetic Life Style » in NCR, Janv. 7, 2010
- ²² John R.W. Stott, The Spirit, the Church and the World : The Message of Acts (Downers Grove : Intervarsity Press, 1990), p. 263, as quoted by Matson, p. 147.
- ²³ Cf. Schneiders, « Tasks of Those Who Choose the Prophetic Life Style »
- ²⁴ Ivoni Richter Reimer, Women in the Acts of the Apostles :A Feminist Liberation Perspective (Minneapolis : Fortress Press, 1995), p. 124.
- ²⁵ Albert Nolan, Jesus Today (Philippines : Jesuit Communications Foundation, Inc. 2006, published in the Philippines by arrangement with Orbis Books, Maryknoll, NY 10545-0308), p. 42. Many scientists, the best known being Stephen Hawking, went to work trying to trace the evolution of the universe which later became known as the new creation story.
- ²⁶ Cf. Matson, p.148.
- ²⁷ Ibid.
- ²⁸ Ibid.
- ²⁹ Cf. Schneiders, "Call, Response and Task of Prophetic Action".
- ³⁰ Kathleen Coyle, SSC, "Prophetic Mysticism: The Call to live Prophetically " in EAPR, Vol. 45, n° 2 (2008), p.1
- ³¹ Voir Ruffing, p.9
- ³² Ibid.
- ³³ Cf. Schneiders, « Tasks of Those who Choose the Prophetic Life Style ».
- ³⁴ Maxi Fernando, « The trajectory of the Asian Religious Vocation » in RLA,Vol. XI, N°3, July-September 2000 p. 32.
- ³⁵ Cf. Schneiders, « Religious Life as Prophetic Life Form ».
- ³⁶ Cf. Nolan, p. 72. El autor se refiere a David Tracy, « Recent Catholic Spirituality : Unity amid Diversity » in Christian Spirituality : Post-Reformation and Modern, vol.3 (London :SCM 1990), pp. 160-70. Cita también a Philip F. Sheldrake , "Christian Spirituality as a Way of Living Publicly: A Dialectic of the Mystical and Prophetic,"Spiritus:Journal of Christian Spirituality 3, n° 1 (2003), pp. 24-27. Nolan reconoce la tradición místico-profética, un término empleado con más frecuencia en la teología y la espiritualidad cristianas como una manera de reconocer las raíces judeo-cristianas y la unidad de la mística y la profecía.
- ³⁷ Cf. O'Rourke, p. 10
- ³⁸ Cf. Schneiders, « Task of Those who Choose the Prophetic Life Style »
- ³⁹ UCANews.com, Martes 20 de octubre 2009. http://www.ucanews.com/2009/10/05_religious-add-green-vow-to-consecrated-life/.
- ⁴⁰ Ibid.
- ⁴¹ Cf. Gillman, p.34